

—El señor mismo lo habrá sacado—se aventuró á decir Geraud.—El señor suele ponerlo sobre la mesa de noche. Y verdaderamente... el señor hace mal en incomodarse por tan poco... Mañana tal vez se explique esa falta... quizá alguno que se haya entretenido con esa arma... tal vez alguna de esas señoritas... que alguna vez entran en la habitación del señor...

Después de todo, el consejo no era malo. M. Godet despidió á Geraud, diciéndose como éste:

—Mañana veremos.

Y se acostó.

Al día siguiente, en efecto, debía encontrar su puñal de los Módicis, pero no en donde él esperaba encontrarlo.

XII

La noche terrible.

Los habitantes de Maillepré se habían encerrado en sus habitaciones. La supuesta María Magdalena y Blanca Carol acababan de despedirse en el largo corredor iluminado por lamparillas, que semejaban estrellas rojas y brillantes.

Blanca, admirada por las pruebas de desinterés de su futuro esposo, fluctuaba entre la esperanza y el desaliento. La esperanza, porque M. de Serigné se esforzaba en demostrarle la sinceridad de su amor, multiplicando los juramentos, las atenciones y la solicitud con que tan fácilmente se puede

engañar á una joven sin experiencia. El desaliento, porque á su alrededor solo veía caras serias y espíritus descontentos.

Pero ella quería engañarse, inclinándose hacia la esperanza y cerrando su espíritu á los sombríos presentimientos.

Al abandonarla, Margarita Souvray la había abrazado con mucha ternura, sin decirle una palabra. Después entró en su habitación y se puso á escribir la siguiente carta, dirigida á la duquesa:

«Señora:

»Soy una gran culpable: mi delito consiste en no haber tenido bastante confianza desde el primer momento en vuestra generosa bondad para confesaros toda la magnitud de mi desgracia. Pero vuestra casa era para mí el último y supremo refugio y temía que, como tantos otros, se cerrara para mí.

»Sin embargo, os juro que no soy indigna de vuestra protección. Como quiera que sea, he contraído con vos una deuda de gratitud, y voy á pagarla con riesgo de mi vida.

»Si no vuelvo y no puedo acabar esta confesion á vuestros pies, solo os pido una gracia: que no me condenéis sin oirme.

»Envilecida, despojada de todo, hasta de mi honra, no hubiera tenido tal vez valor para vengarme si con el golpe de mi venganza no salvase también de un porvenir odioso á una persona que os es muy querida.

»Vuestra adicta y desgraciada,

»MARÍA MAGDALENA.»

»P. S.—Es la última vez que uso este nombre, que no es mio, que fué de mi mejor, de mi última y quizá de mi única amiga.

»Desde mañana volveré á llevar el honrado nombre de mi padre, porque habré lavado la inmerecida mancha en la sangre del que lo mancilló indignamente.

»Perdonadme, señora duquesa, como Dios me perdonará, por el suplicio que he soportado.»

Colocó esta carta en el sitio más visible sobre su mesa de trabajo, y en dos minutos terminó su sencillo tocado de viaje, poniéndose sobre el traje de luto una pelliza que le cubría todo el cuerpo y rodeando á su cuello una sedosa piel.

Antes de salir se miró al espejo: estaba densamente pálida. Su corazón latía con violencia extrema; pero no vaciló. Había tomado su resolución. Se encontraba en uno de esos instantes en que se desafían todos los peligros y se arrostran todos los riesgos para llegar al fin.

Siguiendo el ejemplo de Blanca Carol cuando algunas semanas antes acudía á la cita del hombre que quería perderla, Margarita dejó la puerta entreabierta y se deslizó con precaución por los corredores, sin encontrar á nadie. Al final de la escalera

excusada por donde bajó Blanca, corrió el cerrojo de la puerta de servicio y salió al parque, dirigiéndose hacia la salida por el mismo camino que la hija de la duquesa.

La plaza estaba desierta y oscura: la iglesia se destacaba melancólicamente bajo un cielo brumoso. La joven atravesó la plaza como una sombra fugitiva, sin haber escuchado un solo ruido sospechoso en la travesía, creyéndose por lo tanto sola. Se engañaba.

La vieja señora de Lignerés, desconfiada y astuta, sabía que una acusación sin pruebas solo serviría para aumentar la pasión de su hijo, y para el combate decisivo, quería hallarse provista de todas las armas, para lo cual había adoptado sus precauciones.

Apostada al pie de un enorme tilo había visto salir á la joven, la siguió á través del parque y se detuvo en uno de los pilares de la plaza. Desde allí estuvo oyendo los ligeros pasos de Margarita sobre la arena del camino.

La fugitiva anduvo durante algunos minutos y pronto distinguió el cabriolé que la esperaba. El hombre que lo conducía se inclinó sobre el pescante al verla llegar, y le dijo en voz baja:

—¿Vais á casa del prefecto?

—Sí, señor.

—Subid.

Margarita se acomodó sin vacilar en el carruaje al lado de él, y el caballo partió al trote.

La marquesa de Lignerés experimentó

una inmensa satisfacción al oír el ruido del vehículo, y radiosa, triunfante, esperó para entrar en el parque á que aquel rumor se desvaneciese por completo. Entonces se dirigió al palacio pero no entró en su dormitorio.

Entretanto el cochero del cabriolé entablaba conversación con la viajera, quien en el tono y en los atentos modales de su compañero comprendió que era casi un amigo para ella.

En pocas palabras se dió á conocer; le dijo que se llamaba Bruno, que había estado al servicio del conde de Magny y actualmente estaba al del prefecto del Cher, tanto por conveniencia como por curiosidad.

Un tipo admirable del cual había que esperar todo.

Aunque Bruno no revelaba todo su pensamiento, decía lo suficiente para que la joven comprendiese que tenía en él un aliado y que en el fondo se hubiese alegrado el ayuda de cámara de poder prestarle algún servicio.

Al llegar á las primeras casas de Bourges el improvisado cochero pudo ver á favor de la luz del gas el temblor de la joven y observar la agitación revelada en su semblante, todo lo cual le convencía de que no iba voluntariamente á aquella entrevista.

Para Bruno aquello era evidente.

Cuando servía al conde de Magny, había oído tantas historias, conocido tantas intrigas en los seis ó siete años que pasó en la calle de Jerusalén con su amo, que su ima-

ginación, predispuesta á lo novelesco, le representó en seguida la singular escena á que él cooperaba, preguntándose por qué el prefecto recibía en su casa, el día antes de casarse, la visita de aquella joven que, lejos de demostrar en todas sus maneras la satisfacción propia de este género de entrevistas, expresaba contrariedad y disgusto.

En vez de ir directamente á la prefectura, condujo el cabriolé á una casa de la calle de los Franciscanos, dejó el caballo enjaezado en la cochera y dijo galantemente á la joven:

—¿Os dignais seguirme?... Dadme el brazo y todo irá bien.

Margarita aceptó sin darse apenas cuenta de lo que hacía y temblando de pies á cabeza

Bruno, sintiéndola temblar, comprendió que aquella visita nocturna escondía una nueva infamia del bandido á quien servía.

—¿Qué teneis? —le dijo, procurando dar á su acento una entonación amistosa.

—Nada.

—¿Estais temblando?

—Tengo frio.

Bruno conoció que ella no quería hablar, pero no perdió la esperanza de saberlo todo.

—Ya llegamos—dijo—señalando al parque de la prefectura y los grandes árboles, entre los que brillaban las luces.

Entraron por una verja, atravesaron los jardines y después de pasar un largo corredor se encontraron en una gran antesala.

—El señor prefecto—dijo Bruno—os es-

pera en su despacho. Nadie os ha visto entrar y nadie os verá salir; estad tranquila. Yo soy el encargado de conducirlos, y soy discreto como un sepulcro.

Y añadió por lo bajo:

—*Allí está el monstruo.*

Bruno no se comprometía al hablar así, porque esta palabra lo mismo podía ser una injuria que una adulación.

Además el antiguo ayuda de cámara del conde de Magny no era tonto y sabía que un secreto como el que le entregaba su amo por la necesidad de un cómplice, le daba el derecho de ser insolente.

Al disponerse á abrir la puerta del despacho vaciló, impulsado por un sentimiento generoso, repugnándole la idea de entregar aquella encantadora joven á aquel ser odioso; pero de pronto se abrió la puerta y apareció en el umbral el prefecto, que dijo bruscamente:

—¿Qué esperais?

Hizo una señal con la mano invitando á entrar á Margarita, que penetró en la habitación, cerrando la puerta tras ella y oyéndose después el ruido del cerrojo, que el prefecto echó para mayor seguridad.

Bruno, picado por la curiosidad, se dirigió á la puerta de la antecámara cerrándola y procurando que su amo oyese el ruido para hacerle creer que estaba completamente á solas con su visita; después se ocultó detrás de un mueble próximo á la puerta del despacho y esperó, pensando en lo que allí iba á suceder.

A decir verdad, no era fácil averiguarlo, porque el despacho del prefecto estaba garantido contra toda indiscreción por tapicerías que sofocaban todo ruido.

Bruno tuvo, pues, que contentarse por de pronto con conjeturas, en las que le dejaremos engolfado para seguir al prefecto y á la hija del coronel.

Roland Baroult lo olvidaba todo en presencia de su víctima, incluso las amenazas del conde de Meillant, seguro de que antes de veinticuatro horas sería invulnerable por su casamiento con Blanca Carol, que seguramente era hija de la duquesa.

La única que podía inspirarle recelos, se le entregaba al fin, animada por el deseo de recobrar la libertad y una riqueza superior á la que había perdido.

En lo sucesivo no podría acusarle sin que el recuerdo de aquella noche la hiciese callar, ocultando aquella inexcusable falta cometida la víspera del matrimonio de Blanca con el prometido de ésta y cuando acababa la culpable de comprometerse con el marqués de Lignerres, dispuesto á darle el nombre y la fortuna de que ella carecía.

Así razonaba Roland Beroult en presencia de lo que creía el triunfo supremo de su afortunada existencia.

—Y bien,—dijo sonriendo á Margarita,—¿á que tanta resistencia? ¿Tan difícil era lo que os pedía?

La cogió de la mano y la condujo á un gran diván colocado en un ángulo del despacho, sentándose al lado de ella.

—¿Qué es una hora en la vida? No soy realmente generoso al devolveros vuestra independencia por algunos instantes, que me dejarán eterna alegría y os valdrán mi gratitud.

Margarita no le escuchaba, embebida en examinar la habitación para asegurarse de que estaban solos.

Roland tomó por inquietud aquella distracción y le dijo:

—No tengáis miedo; no tenéis que temer nada. En Maillepré nadie sabe que habéis salido, y cuando volváis todos estarán entregados al sueño. Aquí os aseguro que nadie os ha visto entrar ni os verá salir; he cumplido mi palabra. Confíad en mí—añadió cogiéndole la mano. Ahora que me pertenecéis en secreto, os juro ser más celoso de vuestro honor que vos misma.

Su voz vibraba con el acento de la pasión; sus ojos procuraban penetrar á través de la pelliza que la joven ciñó con indiferencia á su cuerpo, y diciendo con leve sonrisa:

—Un poco de paciencia.

Roland podía creer que Margarita se doblegaba al fin, dejándose engañar por aquella sospechosa sumisión en una mujer valerosa y casta, tan violentamente ultrajada.

Pero no era el caso para inspirar dudas ni sospechas. ¿No estaba en su casa, cediendo á la fuerza de las circunstancias, aterrada ante el escándalo, sacrificando á su tranquilidad el honor defendido hasta entonces contra todas las asechanzas y todas las tentaciones de la miseria? Además el ofrecimiento

de Roland era seductor: su mismo amor por Lignerres le aconsejaba ceder.

Estrechando con su brazo el talle de Margarita, que no hizo un movimiento siquiera, le dijo bajando la voz:

—¿Comprendes la magnífica suerte que nos ofrece la casualidad, si sabemos aprovecharla? Yo soy ambicioso y me envanezo de serlo, porque sólo el hombre débil oculta sus aspiraciones bajo el misterio. La realidad ha sobrepujado mis esperanzas: mañana habré dado el último toque al edificio é izado en él la bandera. El plebeyo Beroult de Serigné podrá alternar con los más linajudos de París. Con Blanca Carol, cuyo verdadero nombre, que espero darle, es Blanca de Maillepré, decuplicaré mi fortuna. Por lo pronto, tendrá la herencia de su padre, tres millones, sin contar las economías é intereses acumulados durante su menor edad: ¡una suma enorme! Ella lo ignora; pero yo lo sé: el testamento en regla se halla depositado en casa del notario de París, M. Champier. Pero esto no es nada. Hija de la duquesa de Maillepré, como yo demostraré, tiene derecho á una parte de sus bienes, que es también enorme, dada la opulencia secular de esta familia. ¿Qué más puedo pedir?

Al decir esto, se aproximó más á la joven. Como le había dejado rodear su talle con el brazo, Margarita le dejó rozar su cara con los labios y respirar el aroma de su cabellera.

—Piensa, pues—continuó Roland—en lo que vas á ser: marquesa de Lignerres. ¿Quién

había de decirlo? Segun mis informes, que tengo por exactos, los Lignerés son propietarios de soberbios dominios en Normandía y están ligados con lo más escogido de la nobleza de Francia. Serás, pues, una gran señora, y ¿á quién se lo deberás? A mí, á quien acusas de haber causado tú desgracia. La vida encierra estos contrastes. Bien pronto en París, adonde volveremos, porque solamente allí se puede vivir, dueños de lo que se necesita para brillar, cuando tú pasees triunfante tú hermosura y tú riqueza, saludaré en tí al amor, la embriaguez de las horas que me concederás á veces, y que el misterio hará más hermosas y más anheladas.

En un trasporte de pasión, la estrechó contra su pecho.

Margarita se desasíó bruscamente, y levantándose, arrojó sobre el diván la pelliza con que se cubría, apareciendo á los ojos de Roland en todo su esplendor de mujer, los brazos desnudos, el cuello medio cubierto con el boa de piel y su blanco y turgente seno, en el cual se destacaba como una mancha de sangre una rosa aterciopelada.

Roland Beroult no pudo contener un grito.

—¡Qué hermosa eres! Serás mía para siempre. ¿Verdad?

—Sea—dijo ella con tono seco y haciendo un movimiento de coquetería.—Pero ¿no me hablasteis de un pacto?

—En efecto.

—Firmemosle.

—¿Lo quieres?

—¿No será mi emancipación?

—Y tú cadena.

—¿Está preparado?

—¡Oh! No hay más que escribir dos líneas: no es cosa larga.

—Como el compromiso de Blanca Carol.

—¡Ah! ¿sabes?—preguntó Roland admirado.

—Blanca no tiene secretos para mí. Sois hombre precavido.

Margarita se apartó unos pasos.

Roland recobró su sangre fría en presencia de la calma de la joven, que parecía tan en posesión de sí misma, como si aquel acto no fuese ya más que una de las futuras entrevistas con que soñaba el prefecto.

Margarita se quitó sus guantes negros y los arrojó sobre la mesa de despacho.

—Veamos, ¿dónde está ese papel? Os prevengo que no lo firmaré después. Ahora ó nunca.

Roland se levantó apresuradamente, como hipnotizado, á pesar de su presencia de ánimo, por aquella joven seductora que se revelaba ante él como no había podido imaginarse nunca.

—¡Ah! ¡Qué porvenir el nuestro!—murmuró pasando por su lado y besándola en la desnuda espalda.

Margarita le indicó la mesa con un gesto decidido, diciéndole alegremente:

—Vamos, poneos á escribir. Lo habéis dicho: eso será á la vez mi cadena y mi libertad.

El obedeció. Margarita, inclinada detrás de él, iba leyendo:

«Amor eterno. Diez de setiembre, á la una de la madrugada. Prefectura del Cher. Bourges. Roland de Serigné.»

—Este sitio es para la firma—dijo poniendo el dedo al lado de su nombre y volviendo la cabeza hacia la joven:

Esta le había echado el brazo por el cuello, y Roland lo besaba con frenesí; pero, como si hubiera sido herido por un rayo, mientras se entregaba á la embriaguez de aquel goce, apenas pudo oír esta palabra pronunciada á su oído:

—¡Miserable!

Y resbaló del sillón, cayendo pesadamente al suelo, con un puñal clavado hasta la empuñadura en la garganta.

Preso de convulsiones, torturado por el dolor, con la faz contraída horriblemente, procuró arrastrarse hasta los pies de la que le había herido; pero se agitó inútilmente en su impotencia, permaneciendo, con los dedos crispados, sobre la alfombra, en la cual se extendía su sangre, mientras Margarita, á dos pasos de él, en pie, cruzada de brazos, lívida, le contemplaba en silencio agitarse en los últimos estremecimientos.

No se acercó hacia él; no procuró socorrerle: permaneció inmóvil, la mirada fija, estupefacta por lo que acababa de hacer, admirada de lo fácil que es apagar la llama de la vida. De pronto bajó los ojos y vió algunas gotas de sangre en su brazo derecho. Entonces sacó un pañuelo con su cifra, se

limpió y lo arrojó sobre la alfombra. No cuidaba, como se ve, de preparar su defensa, de sustraerse al rigor de la ley. ¿Para qué? ¿No había concluido todo para ella? Ni siquiera quitó el puñal de la herida, no atreviéndose á aproximarse á aquel hombre que espiraba á sus pies, asesinado por ella.

Con una calma espantosa se envolvió en su abrigo, se puso los guantes, echóse la piel al cuello; después dobló y guardó los papeles en los que constaba la confesión de la falta no cometida, y mirando por última vez al que creía un cadáver, se dirigió hacia la puerta por donde había entrado, abriéndola sin ruido y cerrándola inmediatamente.

En la antecámara encontró á Bruno, que habiendo renunciado á inútiles tentativas para enterarse, descansaba tranquilamente sobre un sillón.

—Venid... estoy dispuesta—le dijo Margarita.

Bruno obedeció, deplorando no haber podido descubrir nada, sin que hubiese llegado á sus oídos ni una palabra.

Hicieron en sentido inverso el camino por donde habían venido hasta la casa en donde les esperaba el cabriolé, y desde allí emprendieron la marcha hacia Maillepré.

La joven no pronunció una palabra. En vuelta en su abrigo, la cabeza inclinada sobre el pecho, cedía á la obsesión del crimen que acababa de cometer.

De pronto, apenas habían recorrido una legua, se volvió hacia el ayuda de cámara y le dijo:

- Separémonos... yo iré sola.
 —¿A esta hora?
 —Sí... lo deseo... necesito respirar...
 —Tengo orden de acompañaros...
 —No, no—insistió ella;—dejadme bajar...
 —¿A media noche?... ¡pensadlo bien!...
 —¿Qué importa?... No tengo nada que temer... Además, podéis hacer falta allá.
 —¿Quién puede necesitarme?
 —Vuestro amo.
 —¿Qué queréis decir?
 —Vos veréis...

Bruno resistió, pero su curiosidad ya muy excitada, se estimuló más observando la agitación de la joven y relacionando este estado con lo breve de su visita.

—Creedme—repitió la joven... id allá... y apresuraos.

—Si me lo ordenais...

—Si, os lo ruego.

Bruno consintió al fin, impaciente por conocer lo que se le aparecía oscuro, y que debía ser sin duda el desenlace del drama imaginado por él en el camino de Maillepré á Bourges.

—Hacéis mal—dijo—os habría acompañado muy gustoso, pero puesto que lo exigiés, os dejo... ¡Buen viaje! Margarita se apeó, y esperó en el camino á que desapareciese de su vista la luz de los faroles del coche.

Estaba aun á legua y media de Maillepré.

En su marcha por aquel camino solitario, continuaba su obsesión.

—He matado á un hombre, decía.

Sin embargo, no experimentaba horror, ni sentimiento. Se admiraba únicamente de haberlo realizado tan fácilmente. Después pensaba en los sufrimientos que experimentarí su verdugo, si hubiese por casualidad quedado con vida, y esta idea le traía el recuerdo de aquellos heridos de la guerra que tan esmeradamente había cuidado el invierno anterior, pensando sinceramente que si estuviese al lado del herido, le curaría la herida abierta por sus propias manos.

A la vez pensaba en el porvenir, cerrado para ella por todas partes.

Al siguiente día estaría seguramente presa y abandonada como una mujer indigna por todos los que la habían conocido.

Poco á poco iba aproximándose á Maillepré. La noche estaba oscura y una ligera bruma cubría los árboles, las praderas y los campos: cuando la infeliz pasaba por el bosque, temblaba de pies á cabeza, no de frío, sino á causa de su misma exaltación. Sentía impulsos de llorar y deseos de sentarse en cualquier piedra del camino, esperando allí que fuesen á prenderla.

¡Aprenderla! Esta frase le hacía estremecer; á eso habia llegado la hija del coronel Souvray.

No tardó mucho en llegar á los límites del dominio de Maillepré. Pasó por delante de la gran verja cerrada, cuya forma se destacaba sobre el horizonte, iluminado como por una luz de incendio, producida por la salida de la luna.

Al llegar cerca del cementerio, pensó con